

EL SILENCIO DEL MAR

Vercors



se

Ésta es una de las obras míticas de la literatura de la resistencia francesa frente al invasor durante la Segunda Guerra Mundial, haciendo hincapié en el comportamiento cotidiano de las gentes. En un pueblo de la Francia ocupada por los alemanes, Walter von Ebrennac, un oficial alemán, se aloja en una casa habitada por un anciano y su sobrina. Éstos, haciendo gala de su fortaleza moral, no le hablan, pero el alemán, sin embargo, con gran respeto, cada noche les va manifestando sus inquietudes y esperanzas: con ingenuidad de artista, piensa que de la guerra saldrá un beneficio, que la unión entre Alemania y Francia será fecunda... «Estoy contento de haber encontrado aquí a un anciano digno. Y a una muchacha silenciosa. Será necesario vencer ese silencio. Será necesario vencer el silencio de Francia. Eso me agrada». Pero llegará un momento en que von Ebrennac se dará cuenta de la falta de fundamento de sus esperanzas. Jean-Pierre Melville filmó en 1949 una extraordinaria adaptación cinematográfica de este relato.



Vercors

El silencio del mar

ePub r1.0
Titivillus 09.11.2021

Título original: *Le silence de la mer*

Vercors, 1942

Traducción: Cristina Peri Rossi

Editor digital: Titivillus

ePub base r2.1



A la memoria de
Saint-Paul-Roux,
poeta asesinado

I

Fue precedido por un gran despliegue de aparato militar. Primero, aparecieron dos soldados, ambos muy rubios, uno de ellos desgarrado y flaco, el otro cuadrado, con manos de piedra. Miraron la casa, sin entrar. Después llegó un suboficial. El soldado desgarrado lo acompañaba. Me hablaron, en algo que suponían era francés. No entendí una sola palabra. Entonces les mostré las habitaciones libres. Parecieron satisfechos.

A la mañana siguiente, un vehículo militar, gris y enorme, penetró en el jardín. El chofer y un joven soldado delgado, rubio y sonriente, descargaron dos cajas y un grueso bulto rodeado de tela gris. Subieron el resto a la habitación más grande. El vehículo volvió a partir, y, unas horas después, escuché los pasos de una cabalgadura. Tres jinetes aparecieron. Uno de ellos echó pies a tierra y se dirigió a reconocer los viejos muros de piedra. Volvió, y todos, hombres y caballos, entraron a la granja que me servía de taller. Más tarde, pude ver que habían metido mi barrilete de carpintero en un agujero, en la pared, atado una cuerda al barrilete, y los caballos a la cuerda.

Durante dos días, no sucedió nada más. No volví a ver a nadie. Los jinetes salían temprano con los caballos, regresaban a la noche y se acostaban en la paja, donde habían cobijado el auto.

Pero a la mañana del tercer día, el gran vehículo volvió. El joven sonriente cargaba un gran baúl sobre sus hombros

y lo subió a la habitación. Cogió enseguida su bolsa que depositó en el cuarto vecino. Bajó la escalera y, dirigiéndose a mi sobrina en un francés correcto, le pidió la ropa de cama.

Cuando golpearon a la puerta, mi sobrina fue a abrir. Acababa de servirme el café, como cada noche (el café me hacía dormir). Yo estaba sentado al fondo de la habitación, en relativa sombra. La puerta da al jardín, al mismo nivel. A lo largo de toda la casa se extiende un pasillo de baldosas rojas, muy comfortable cuando llueve. Escuchamos los pasos, el ruido de los tacones sobre las losas. Mi sobrina me miró y dejó su taza. Yo sostuve la mía entre las manos.

Era de noche, pero no hacía frío: aquel noviembre fue benigno. Entonces vi la alta silueta, la gorra plana, el impermeable echado sobre los hombros como si fuera una capa.



Mi sobrina había abierto la puerta y permanecía en silencio. Había dejado la puerta abierta, y se inclinaba contra la pared, sin mirar nada. Yo bebía mi café a pequeños sorbos.

El oficial, en la puerta, dijo: «Con permiso», y su cabeza hizo una pequeña inclinación de saludo. Parecía medir el silencio a su alrededor. Después, entró.

La capa se deslizó sobre uno de sus brazos, y saludó militarmente, descubriéndose la cabeza. Se volvió hacia mi sobrina, sonrió con discreción, inclinando muy ligeramente el tórax. Después me miró de frente y me dirigió una reverencia más grave. Dijo: «Mi nombre es Werner von Ebrennac». Tuve tiempo de pensar, rápidamente: «El nombre no es alemán. ¿Descendiente de emigrados protestantes?». Agregó:

—Les pido disculpas.

La última palabra, pronunciada gravemente, cayó en el silencio. Mi sobrina había cerrado la puerta pero permanecía recostada en la pared, mirando fijo delante suyo. Yo no me había puesto de pie. Deposité lentamente mi taza vacía sobre el armonio y crucé mis manos, como a la espera.

El oficial repitió:

—Esto ha sido completamente necesario. De ser posible, lo hubiera evitado. Creo que mi ordenanza hará todo cuanto esté en sus manos para velar por su tranquilidad.

Estaba de pie en medio de la pieza. Era muy alto y delgado. Levantando los brazos, habría tocado las vigas del techo.

Su cabeza se inclinaba ligeramente hacia adelante, como si el cuello no estuviera implantado sobre los hombros, sino sobre el nacimiento del pecho. No era encorvado pero lo parecía. Sus caderas y sus hombros estrechos eran impresionantes. El rostro era bello. Viril y marcado por dos grandes depresiones a lo largo de las mejillas. No se le veían los ojos, ocultos en la sombra proyectada por la arcada. Me parecieron claros. Los cabellos eran rubios y suaves, peinados hacia atrás, y brillaban sedosamente bajo la luz de la lámpara.

El silencio se prolongaba. Se volvía cada vez más espeso, como la niebla de la mañana. Espeso e inmóvil. La inmovilidad de mi sobrina, también la mía, hacían más pesado ese silencio, lo volvían de plomo. El oficial, desorientado también, permanecía inmóvil, hasta que al fin vi nacer una sonrisa en sus labios. Era una sonrisa grave y sin ninguna ironía. Esbozó un gesto con la mano, cuyo significado no comprendí. Sus ojos se posaron en mi sobrina, siempre tiesa y erguida, y yo también pude observar largamente el perfil lleno de carácter, la nariz delgada y firme. Vi brillar, entre los labios semiabiertos, un diente de oro. Él volvió por fin los ojos y miró el fuego en la chimenea; dijo:

—Siento una gran estima por las personas que aman a su patria. —Y levantó bruscamente la cabeza, observando el ángel esculpido, sobre la ventana—. Me gustaría subir a mi habitación —dijo—. Pero no conozco el camino.

Mi sobrina abrió la puerta que daba a la pequeña escalera y comenzó a subir los escalones, sin dirigir una sola mirada al oficial, como si estuviera sola. El oficial la seguía. Observé, entonces, que tenía una pierna rígida.

Les oí atravesar la antesala; los pasos del alemán resonaban en el pasillo, alternativamente fuertes y débiles, una puerta se abrió, luego se cerró. Mi sobrina regresó. Volvió a asir su taza y continuó bebiendo su café. Yo encendí una pipa. Permanecimos en silencio unos minutos. Dije: «Gracias a Dios, tiene un aspecto respetable». Mi sobrina alzó los hombros. Atrajo hacia sus rodillas mi chaqueta de terciopelo y terminó la pieza invisible que había comenzado a coser.



A la mañana siguiente el oficial bajó de su habitación cuando nosotros tomábamos nuestro desayuno en la cocina. Otra escalera conducía allí y yo no sé si el alemán nos había oído o si fue por azar que eligió ese camino. Se detuvo en el umbral y dijo: «He descansado muy bien. Desearía que ustedes también». Y miró la amplia habitación, sonriendo. Como teníamos poca leña y menos carbón, yo la había repintado, y habíamos traído algunos muebles, cobres y la vajilla antigua, para hacer vida allí, durante todo el invierno. Examinó bien la habitación y pude ver brillar el borde de sus dientes muy blancos. Me di cuenta de que sus ojos no eran azules como había creído, sino dorados. Al fin, atravesó la habitación y abrió la puerta que daba al jardín. Caminó dos pasos y se volvió para contemplar nuestra casa amplia y baja, cubierta de parras que llegaban hasta las viejas tejas oscuras. Su sonrisa se hizo larga y ancha.

—Su viejo alcalde me había dicho que me alojara en el castillo —dijo, señalando con la mano la pretenciosa construcción que los árboles desnudos dejaban ver en lo alto de la colina—. Felicitaré a mis hombres por haberse equivocado. Este castillo es más bello —agregó.

Después cerró la puerta, nos saludó a través de los vidrios y partió.

Volvió a la noche, a la misma hora de la víspera. Nosotros bebíamos nuestro café. Golpeó la puerta, pero no esperó a que mi sobrina le abriera. Abrió la puerta él mismo. «Creo

que les molesto» —dijo—. «Si ustedes lo prefieren, pasaré por la cocina: así, podrán cerrar esta puerta con llave». Atravesó la habitación y detuvo un momento la mano en la empuñadura, mirando sus diversos ángulos. Por último, se despidió, doblando ligeramente la cintura. «Les deseo buenas noches», dijo, y salió.

Nunca cerramos la puerta con llave. No creo que las razones de esta abstención fueran ni muy claras ni muy puras. Por un acuerdo tácito, habíamos decidido, mi sobrina y yo, no cambiar nada en nuestras vidas, ni siquiera el menor detalle: como si el oficial no existiera, como si se tratara de un fantasma. Pero es posible que otro sentimiento se mezclara en mi corazón, con relación a él: no puedo ofender a un hombre sin sufrir, así sea mi enemigo.

Durante mucho tiempo —más de un mes— la misma escena se repitió cada día. El oficial llamaba a la puerta y entraba. Pronunciaba algunas palabras acerca del tiempo, la temperatura, o algún otro tema carente de importancia, pero en una característica imprescindible: que no exigiera respuesta. Se detenía siempre un momento en el umbral de la pequeña puerta. Miraba a su alrededor. Una ligera sonrisa traducía el placer que este examen le proporcionaba, cada día el mismo examen, cada día el mismo placer. Sus ojos se demoraban en el perfil inclinado de mi sobrina, siempre severo e insensible, y cuando por último él volvía su mirada, yo estaba seguro de poder leer en ella una especie de sonriente aprobación o complacencia. Después, inclinándose, decía: «Les deseo buenas noches», y salía.

Las cosas cambiaron bruscamente una noche. Afuera, una fina nieve mezclada con lluvia caía sobre la calle, terriblemente glacial y húmeda. Yo hacía arder en la chimenea gruesos leños que conservaba especialmente para días como éstos. A pesar mío, pensaba en el oficial, en la calle, en el aspecto mojado que tendría al entrar. Pero él

no aparecía. La hora de su llegada ya había transcurrido hacía rato y yo me sentía fastidiado al reconocer que él ocupaba mis pensamientos. Mi sobrina tejía lentamente, con aire muy aplicado.

Por fin, sus pasos se dejaron oír. Pero procedían del interior de la habitación. Reconocí, por su sonido desigual, el andar del oficial. Comprendí que él había entrado por la otra puerta, y que estaba en su habitación. Sin duda no había querido aparecer ante nosotros bajo un uniforme mojado y sin empaque: se había cambiado.

Los pasos —uno fuerte, otro débil— descendieron la escalera. La puerta se abrió y el oficial apareció. Vestía de civil. El pantalón era de gruesa franela gris, la chaqueta de *tweed* azul acerado combinado con hilos castaño oscuro. Era larga y amplia, y caía con una negligencia llena de elegancia. Debajo de la chaqueta, un chaleco de gruesa lana cruda ceñía el torso fino y musculoso.

Se acuclilló con dificultad delante del fuego y estiró las manos. Las volvía una y otra vez. Decía: «¡Bien!... ¡Bien!...». Se giró y quedó de espaldas al fuego, siempre agachado y rodeando una rodilla con los brazos.

—Esto no es nada —dijo—. El invierno en Francia es una estación benigna. En mi país sí que es duro. Mucho. Los árboles son pinos, los bosques cerrados, la nieve muy pesada. Aquí, los árboles son finos. La nieve, de encaje. Mi país parece un toro, recio y potente, que necesita mucha fuerza para vivir. Aquí, en cambio, reina el espíritu, el pensamiento sutil y poético.

Su voz era apagada, poco timbrada. El acento, ligero, sólo se evidenciaba en las consonantes duras. El conjunto parecía más un murmullo que un canto.

Se puso de pie. Apoyó el brazo en el dintel de la chimenea y la frente en el dorso de su mano. Era tan alto que debía inclinarse un poco; yo no le llegaba a la frente.

Permaneció sin moverse bastante tiempo, sin moverse y sin hablar. Mi sobrina tejía con una rapidez mecánica. No dirigía su mirada hacia él ni una sola vez. Yo fumaba, semitendido en mi gran sofá mullido. Me parecía que nada podía alterar la pesadez de nuestro silencio. Aquel hombre iba a saludarnos y a partir.

Pero el murmullo apagado y rítmico se elevó de nuevo; no puede decirse que rompió el silencio, sino que nació dentro de él.

—Siempre he amado a Francia —dijo el oficial, sin cambiar de posición—. Siempre. Cuando estalló la otra guerra yo era un niño y lo que entonces pensaba no tiene importancia. Pero después la he amado siempre. Aunque de lejos. Como la Princesa Lejana. —Hizo una pausa antes de decir gravemente—: A causa de mi padre.

Se volvió y, con las manos en los bolsillos de su chaqueta, se apoyó en la chimenea. Su cabeza rozó ligeramente la consola. De vez en cuando, se frotaba lentamente el occipital, con un gesto espontáneo de ciervo. Había un sillón muy cerca de él. No se sentó. Hasta el último día, no se sentó jamás. No se lo ofrecimos y no hizo nada, jamás, que pudiera pasar por una familiaridad.

Repitió:

—A causa de mi padre. Era un gran patriota. La derrota supuso un violento dolor para él. Sin embargo, quería mucho a Francia. Le gustaba Briand, creía en la República de Weimar y en Briand. Estaba muy entusiasmado. Decía: «Él nos unirá, como marido y mujer». Pensaba que por fin el sol iba a brillar sobre Europa...

Al hablar miraba a mi sobrina. No la miraba como un hombre mira a una mujer, sino como se contempla una estatua. Y, en realidad, era igual a una estatua; una estatua animada, pero estatua al fin.

—... Pero Briand fue derrotado. Mi padre vio que Francia estaba todavía conducida por sus Grandes Burgueses, crueles, gente como Wendel, Henry Bordeaux y el viejo mariscal. Me dijo: «Tú no debes ir nunca a Francia antes de poder entrar en ella con botas y casco». Tuve que prometérselo, pues él estaba a punto de morir. Cuando empezó la guerra, yo conocía toda Europa, salvo Francia.

Sonrió y dijo, como si ésta fuera una explicación:

—Soy músico.

Un leño cayó, las brasas rodaron lejos del hogar. El alemán se inclinó, recogió las brasas con unas pinzas. Continuó:

—No soy ejecutante: soy compositor de música. Esto constituye toda mi vida, y me resulta muy gracioso verme como soldado. Sin embargo, no lamento esta guerra. No. Creo que grandes cosas saldrán de ella...

Se puso de pie, retiró sus manos de los bolsillos y las levantó un poco:

—Perdónenme: quizá les haya herido. Pero lo que dije, lo pienso de buena fe: lo pienso por amor a Francia. Creo, como mi padre, que el sol brillará en Europa.

Dio dos pasos e inclinó el busto. Como todas las noches, dijo: «Les deseo buenas noches». Después, salió.

Yo terminé silenciosamente mi pipa. Tosí un poco, y dije: «Quizá sea inhumano negarle el óbolo de unas pocas palabras». Mi sobrina levantó la cabeza. Alzó mucho las cejas, por encima de los ojos brillantes e indignados. Yo sentí que me ruborizaba un poco.

IV

Desde ese día, sus visitas fueron diferentes. Rara vez lo vimos en uniforme. Se cambiaba antes, y luego golpeaba a nuestra puerta. ¿Era por ahorrarnos la visión del uniforme enemigo? ¿O para hacérselo olvidar, para habituarnos a su persona? Las dos cosas, sin duda. Llamaba a la puerta y entraba sin esperar una respuesta que sabía no le daríamos. Lo hacía con la más candorosa naturalidad, venía a calentarse frente a la chimenea, que era el pretexto constante de su venida, un pretexto que no le engañaba a él ni a nosotros, pues no intentaba ocultar su carácter cómodamente convencional.

No venía todas las noches, pero no recuerdo una sola en que nos dejara sin haber hablado. Se inclinaba sobre el fuego, y mientras ofrecía al calor de la llama alguna parte de sí mismo, su voz murmuraba, se elevaba dulcemente, y a lo largo de esas noches, monologó de manera interminable sobre las cosas que encerraba su corazón: su país, la música, Francia; ni una sola vez intentó obtener una respuesta nuestra, una aquiescencia o una mirada. No hablaba mucho rato, nunca mucho más que la primera noche. Pronunciaba algunas frases, quebradas a veces por silencios, encadenadas otras con la continuidad monótona de una plegaria. A veces, inmóvil contra la chimenea, como una *cariátide*^[1]; otras, aproximándose, sin interrumpirse, a un objeto, a un dibujo de la pared. Después callaba, se inclinaba y nos deseaba las buenas noches.

Una vez (en la época de sus primeras visitas), dijo:

—¿Dónde está la diferencia entre el fuego de la chimenea, en mi casa, y éste? En realidad los leños, la llama, la chimenea, se parecen. Pero no la luz. Ésta depende de los objetos que ilumina, de los habitantes de esta sala, de los muebles, de las paredes, de los libros en los estantes...

—¿Por qué me gusta tanto esta habitación? —dijo, pensativo—. No es excesivamente bella... ¡perdónenme!... —Rió—: Quiero decir: no es una pieza de museo... Estos muebles, no son una maravilla... No... Pero esta habitación posee un alma. Toda la casa tiene un alma.

Estaba frente a los estantes de la biblioteca. Sus dedos recorrían las encuadernaciones con una ligera caricia.

—... Balzac, Barrès, Beaumarchais, Boileau, Buffon... Chateaubriand, Corneille, Descartes, Fénelon, Flaubert... La Fontaine, France, Gautier, Hugo... ¡Qué nombre! —dijo, con una risa suave y sacudiendo la cabeza—. Y sólo he llegado a la letra H... Ni Molière, ni Rabelais, ni Racine, ni Pascal, ni Stendhal, ni Voltaire, ni Montaigne, ni todos los demás. —Continuó deslizando su mirada por los libros, y de tiempo en tiempo, dejaba escapar un imperceptible: «¡Ah!», cuando, supongo, leía un nombre que no imaginaba—. Los ingleses —agregó-enseguida nombran a Shakespeare. Los italianos, a Dante. Los españoles, a Cervantes. Y nosotros, a Goethe. Después, hay que detenerse a pensar. Pero si se dice: ¿Y Francia? Entonces, ¿a quién se nombra instantáneamente?, ¿a Molière?, ¿a Racine?, ¿a Hugo?, ¿a Voltaire?, ¿a Rabelais?, ¿o a algún otro? Aparecen todos a la vez, son como una multitud a la entrada de un teatro, no se sabe a quién hacer entrar antes...

Se volvió y dijo gravemente:

—Eso mismo sucede entre nosotros con la música: Bach, Haendel, Beethoven, Wagner, Mozart... ¿qué nombre debe

colocarse primero?

«¡Y nos hemos declarado la guerra!», dijo lentamente, moviendo la cabeza. Volvió junto a la chimenea y su mirada sonriente se posó en el perfil de mi sobrina. «¡Pero es la última! No nos batiremos más: ¡nos casaremos!». Sus párpados se plegaron, las depresiones en los pómulos se transformaron en dos grandes hoyos, los dientes blancos aparecieron. Dijo, alegremente: «Sí. Sí». Un pequeño movimiento de la cabeza repitió la afirmación.

—Cuando entramos en Saintes —prosiguió luego de un silencio—, yo estaba muy contento porque el pueblo nos recibió bien. Me sentía muy dichoso. Pensaba: «Todo será fácil». Después, me di cuenta que no se trataba de eso, sino de cobardía. —Se había ensombrecido—. He sentido desprecio por esa gente. Y lloré por la suerte de Francia. Pensé: «¿Se habrá convertido verdaderamente en esto?». —Sacudió la cabeza—: ¡No! No. Lo comprendí enseguida; y ahora, me siento feliz ante su severidad.

Su mirada se dirigió hacia mí —yo desvié la mía— se detuvo en diversos puntos de la habitación, después volvió sobre el rostro, impiadosamente insensible, que había abandonado.

—Estoy contento de haber encontrado aquí a un anciano digno. Y a una muchacha silenciosa. Será necesario vencer ese silencio. Será necesario vencer el silencio de Francia. Esto me agrada.

Miró el perfil terco y firme de mi sobrina, en silencio y con una insistencia grave, en la que flotaban todavía los restos de una sonrisa. Mi sobrina lo sintió. La vi enrojecer ligeramente y un pliegue, poco a poco, se formó en sus cejas. Sus dedos tiraron demasiado vivamente y con sequedad de la aguja, con riesgo de romper el hilo.

—Sí —repitió la lenta voz murmurante—, es mejor así. Mucho mejor. Esto hace las uniones muy sólidas, uniones

donde ninguna de las partes integrantes gana grandeza... Hay un cuento muy lindo para niños, que yo leí, que usted ha leído, que todo el mundo ha leído. No sé si el título es el mismo en los dos países. En el mío se llama: *Das Tier und die Schöne* (*La Bella y la Bestia*). ¡Pobre Bella! La Bestia la tiene a su merced —débil y prisionera—, le impone en todo momento del día su implacable y temible presencia... La Bella es orgullosa, digna, resistente... Pero la Bestia es mejor de lo que parece. Ciertamente, sus modales no son educados. Es torpe, brutal, parece muy rústica al lado de la Bella, ¡tan delicada!... Pero la Bestia tiene un corazón, sí, tiene un alma que aspira a elevarse. ¡Si la Bella quisiera!... La Bella tarda mucho en querer. Sin embargo, poco a poco, descubre en el fondo de los ojos del odiado carcelero una luz y un reflejo donde pueden leerse la súplica y el amor. Entonces siente menos pesados los grilletes y las cadenas de su prisión... Deja de odiar. La constancia de la Bestia la conmueve: al final, la Bella tiende la mano... Inmediatamente la Bestia se transforma, el sortilegio que la mantenía en esa piel tosca se ha disipado: ahora es un hermoso caballero, joven y puro, delicado y cultivado, que a cada beso de la Bella adquiere cualidades más deslumbrantes... Su unión les procura una felicidad eterna. Sus hijos, que reúnen y combinan los dones de sus padres, son los más hermosos que se han visto sobre la Tierra...

«¿No le gusta esta historia? A mí me agrada profundamente. La releía sin cesar. Me conmovía hasta las lágrimas. Yo amaba especialmente a la Bestia, porque comprendía su dolor. Todavía hoy me emociono, cuando hablo de esta historia».

Se calló, respiró con fuerza e hizo una pequeña inclinación:

—Les deseo buenas noches.

V

Una noche —yo había subido a mi habitación a buscar tabaco— escuché elevarse el sonido del armonio. Alguien tocaba el VIII Preludio y Fuga, que mi sobrina ensayaba antes de la derrota. La partitura había quedado abierta en esa página; pero, hasta esa noche, mi sobrina no se había decidido a realizar nuevos ejercicios. Que los hubiera retomado despertaba en mí un gran placer y una honda sorpresa: ¿qué necesidad interior podía, de pronto, haberla decidido?

Pero no era ella. Ella no había abandonado su sillón ni su labor. Su mirada vino al encuentro de la mía, me envió un mensaje que no supe descifrar. Observé el gran pecho delante del instrumento, la nuca inclinada, las manos largas, finas, nerviosas, cuyos dedos se desplazaban sobre las teclas como criaturas autónomas.

Tocó sólo el Preludio. Se levantó, reanimó el fuego.

—Nada es más grande que esto —dijo, con su voz apagada que no se elevaba más alto que un murmullo—. ¿Grande?... Ésa no es la palabra adecuada. Más allá del hombre, más allá de su carne. Esta música nos hace comprender, no: adivinar... No: presentir... presentir lo que es la naturaleza... la naturaleza divina y desconocida... la naturaleza... desinvertida... del alma humana. Sí: es una música inhumana.

Parecía explorar su propio pensamiento, en medio de un silencio ensimismado.

—Bach... Sólo podía ser alemán. Nuestra tierra tiene ese carácter: ese carácter inhumano. Quiero decir un carácter: no hecho a la medida del hombre.

Hizo un silencio y agregó:

—Amo esta música, la admiro, me llena de plenitud, la siento como la presencia de Dios, pero... No es la mía. Yo quiero hacer una música a la medida del hombre: ése también es un camino para alcanzar la verdad. Es mi camino. No quisiera, no podría seguir otro. Ahora, lo sé perfectamente. ¿Desde cuándo? Desde que llegué aquí.

Nos dio la espalda. Apoyó las manos en el dintel, se sostuvo sobre los dedos y ofreció su rostro a las llamas, entre los brazos, como a través de los barrotes de una celda. Su voz se hizo más apagada y murmurante.

—Ahora, necesito a Francia. Pero le pido mucho: le pido que me acoja. No significa nada para mí estar en ella como un extranjero, como un viajero o un conquistador. Ella no da nada, entonces, y nada se le puede tomar. Su riqueza, su gran riqueza, no se puede conquistar. Es necesario beberla de su seno, es necesario que ella nos ofrezca su seno en un movimiento y un sentimiento maternales... Sé bien que eso depende de nosotros... Pero depende de ella también. Es necesario que ella acepte y comprenda nuestra sed, y que ella acepte saciarla... que acepte unirse a nosotros...

Se enderezó, sin dejar de darnos la espalda, los dedos siempre aferrados a la piedra.

—Yo —dijo, un poco más alto— necesito vivir aquí mucho tiempo. En una casa parecida a ésta. Como el hijo de un pueblecito parecido a éste... Lo necesito...

Se calló. Se giró hacia nosotros. Sus labios sonreían, pero no sus ojos que miraban a mi sobrina.

—Los obstáculos serán superados —dijo—. La sinceridad siempre supera los obstáculos. Les deseo buenas noches.

VI

No puedo recordar, ahora, todo lo que dijo en el transcurso de cientos de noches de invierno. Pero los temas no fueron muy variados. Era la larga rapsodia de su descubrimiento de Francia: el amor día a día creciente desde lejos, antes de conocerla, y el amor creciente día a día que experimentaba desde que gozaba de la dicha de vivir en ella. Y en verdad, yo lo admiraba. Sí: que no se desanimara nunca. Y que jamás estuviera tentado de romper ese implacable silencio con alguna violencia del lenguaje... Todo eso me parecía admirable. Y que cuando alguna vez dejaba que el silencio invadiera la habitación y la saturara hasta lo más profundo de todos los rincones, como un gas pesado e irrespirable, él pareciera, de los tres, el que se encontraba más cómodo. Entonces miraba a mi sobrina, con esa expresión de aprobación a la vez sonriente y grave que adoptó desde el primer día. Y yo sentía el alma de mi sobrina agitarse en esa prisión que ella misma había construido, yo veía los signos de esa conmoción interna, el menor de los cuales consistía en un ligero temblor de las manos. Y cuando por fin Werner von Ebrennac disipaba ese silencio, dulcemente y sin brusquedad, por el filtro de su murmurante voz, me parecía que yo podía respirar más libremente.

Hablaba de sí mismo, con frecuencia:

—Mi casa estaba en el bosque; yo nací allí, fui a la escuela del pueblo, del otro lado; nunca abandoné esa casa,

hasta que fui a Munich, por los exámenes, y a Salzburgo, por la música. Después, siempre he vivido allí. No me gustan las grandes ciudades. Conozco Londres, Viena, Roma, Varsovia, y las ciudades alemanas, naturalmente. No me gusta vivir en ellas. Sólo me gusta Praga, ninguna ciudad tiene tanta alma como Praga. Y especialmente, Nuremberg. Para un alemán, ésta es la ciudad que dilata el corazón, porque en ella encuentra fantasmas queridos por él y cada piedra le recuerda la nobleza de la vieja Alemania. Creo que los franceses deben sentir lo mismo ante la catedral de Chartres. Deben sentir también —aunque sea a pesar suyo— la gracia de espíritu, la grandeza de su fe y su gentileza. El destino me condujo sobre Chartres. ¡Oh! Realmente, cuando apareció, sobre los trigos maduros, completamente azul y transparente, a lo lejos, inmaterial, sentí una gran emoción. Imaginaba los sentimientos de quienes antiguamente llegaban hasta allí, a pie, a caballo o en diligencia... Compartía sus emociones y amaba a esa gente, me hubiera gustado ser su hermano.

Su semblante se ensombreció.

—Esto es difícil de comprender, sin duda, dicho por un hombre que llegaba a Chartres en un gran auto blindado... Sin embargo, es verdad. ¡Tantas cosas se agitan en el alma de un alemán, aun del mejor! Cosas de las que le gustaría curarse...

Sonrió otra vez, una sonrisa muy tenue que gradualmente le iluminó el rostro; después, dijo:

—En el castillo vecino a casa, hay una muchacha... Es muy bella y muy dulce. Mi padre se habría alegrado mucho si yo me hubiera casado con ella. Cuando él murió, nosotros estábamos casi comprometidos; dábamos largos paseos por el campo, completamente solos.

Esperó, para continuar, que mi sobrina hubiera enhebrado otra vez la aguja con el hilo, que se había roto.

Ella lo hacía con gran aplicación, pero el ojo de la aguja era muy pequeño y resultaba difícil conseguirlo. Al fin, lo hizo.

—Un día —continuó— estábamos en el bosque. Los conejos, las ardillas desfilaban ante nosotros. Había toda clase de flores, junquillos, jacintos salvajes, amarillos... La joven se exaltaba de alegría, dijo: «Soy feliz, Werner. Amo, sí, amo estos dones de Dios». Yo también me sentía dichoso. Nos tendimos sobre el pasto, en medio de los helechos. No hablamos más. Mirábamos balancearse sobre nuestras cabezas las cimas de los abetos, los pájaros que volaban de rama en rama. La muchacha, de pronto, emitió un grito: «¡Oh, me ha picado el mentón! Sucio mosquito, maldito animal». Después, la vi hacer un gesto rápido con la mano. «¡He atrapado uno, Werner! ¡Oh! Mira, lo voy a castigar: voy a arrancarle las patas —una— así, después la otra» y lo hizo...

»Felizmente —continuó— ella tenía muchos pretendientes. No experimenté ninguna clase de remordimientos. Pero también quedé excluido para siempre de la consideración de las jóvenes alemanas.

Miró pensativamente el interior de sus manos y dijo:

—También son así entre nosotros los hombres que se dedican a la política. Es por eso que nunca quise unirme a ellos, a pesar de que mis camaradas me escribían: «Ven a unirme a nosotros». No: yo prefería permanecer siempre en mi casa. Eso no era bueno para el éxito de la música, pero tanto peor: el éxito es poca cosa, al lado de una conciencia tranquila. Y, en realidad, yo sé bien que mis amigos y nuestro Führer tienen las más grandes y las más nobles ideas. Pero también sé que ellos arrancarían una a una las patas de los mosquitos. Esto siempre les sucede a los alemanes cuando están muy solos: ha sucedido ya antes. ¿Y quiénes están más solos que los hombres del propio partido, cuando son los amos?

»Felizmente ahora ya no están solos: están en Francia. Francia los curará. Y voy a decirlo: ellos lo saben. Saben que Francia les enseñará a ser hombres verdaderamente grandes y puros.

Se dirigió hacia la puerta. Dijo, con una voz contenida, como si hablara consigo mismo:

—Pero para eso es necesario el amor.

Retuvo un momento la puerta abierta; con el rostro vuelto sobre el pecho, miró la nuca de mi sobrina, inclinada sobre su labor, la nuca frágil y pálida donde los cabellos se elevan en haces color caoba. Agregó, con un tono de calma resolución:

—Un amor compartido.

Después volvió la cabeza y la puerta se cerró sobre él, mientras pronunciaba con voz rápida las palabras cotidianas:

—Les deseo buenas noches.

VII

Los largos días primaverales llegaron. El oficial bajaba ahora con los últimos rayos de sol. Llevaba siempre su pantalón de franela gris, pero sobre el pecho una chaqueta más liviana, un jersey de lana color oscuro que cubría una camisa de lino de cuello abierto. Una noche descendió con un libro cerrado en la mano. Su rostro se iluminó con una de esas sonrisas contenidas, que prefiguran el placer del otro. Dijo:

—He traído esto para ustedes. Es una página de Macbeth. ¡Dios mío! ¡Qué maravillosa grandeza!

Abrió el libro.

—Es el final. A Macbeth el poder se le escapa entre los dedos, con la sensación de pérdida que experimentan quienes acaban por calibrar la negrura de su ambición. Los nobles señores que defienden el honor de Escocia esperan su ruina ya próxima. Uno de ellos describe los síntomas dramáticos de esta decadencia...

Y leyó lentamente, con una monotonía patética:

ANGUS

Ahora comprende que sus asesinatos secretos le atan las manos; a cada instante, hombres sublevados le reprochan su mala fe; aquéllos a quienes mandaba obedecen al temor, pero no al afecto. Comprende, en fin, que su

dignidad real flota a su alrededor como el manto de un gigante robado por un enano.

Levantó la cabeza y rió. Me pregunté, estupefacto, si él pensaba en el mismo tirano que yo. Pero dijo:

—¿No es esto lo que inquieta las noches de su almirante? Compadezco a ese hombre, verdaderamente, a pesar del desprecio que me inspira, como a usted. *Aquéllos a quienes mandaba obedecen al temor, no al afecto.* Un jefe que no es amado por los suyos es sólo un miserable maniquí. Sólo que... Sólo que... ¿es posible desear otra cosa? ¿Quién sino un oscuro ambicioso hubiera aceptado ese rol? Y era necesario. Sí, era necesario que alguien aceptara vender su patria porque hoy, hoy y por mucho tiempo, Francia no puede caer voluntariamente en nuestros brazos abiertos sin perder su propia dignidad. Muchas veces la más sórdida alcahueta se encuentra en la base de la más feliz unión. No por ello la alcahueta es menos despreciable, ni la unión menos feliz.

Hizo sonar el libro al cerrarlo, lo guardó en el bolsillo de su chaqueta y con un movimiento maquinal pasó dos veces la palma de la mano sobre el bolsillo. Después, con el rostro iluminado por una expresión dichosa, dijo:

—Debo advertir a mis anfitriones que estaré ausente durante dos semanas. Me alegra mucho ir a París. Me ha llegado el turno de mi permiso, y lo pasaré en París, por primera vez. Es un gran día para mí. Es el más hermoso día, en espera de otro que aguardo con todo mi corazón y que será todavía más hermoso. Sabré esperarlo, años, si fuera necesario. Mi alma es capaz de mucha paciencia.

»En París, confío ver a mis amigos; algunos de ellos están presentes en las negociaciones que mantenemos con sus dirigentes políticos para preparar la maravillosa unión de nuestros dos pueblos. De este modo, seré de alguna manera

el testigo de esta boda... Quiero decirles que me alegro por Francia, cuyas heridas, así, cicatrizarán más rápidamente, pero todavía me regocijo más por Alemania, y por mí mismo. Nunca nadie se habrá beneficiado más de una buena acción como Alemania al devolver su grandeza y su libertad a Francia.

—Les deseo buenas noches.

VIII

OTELO

*Extingamos esta luz, para enseguida
extinguir la de su vida.*

Cuando volvi6, no lo vimos.

Pero lo sabíamos, porque la presencia de un huésped en una casa se revela por muchos signos, aun cuando él permanezca invisible. Pero durante muchos días —más de una semana— no lo vimos.

¿Debo confesarlo? Su ausencia me inquietaba, no me permitía el reposo. Pensaba en él, no sé hasta qué punto no me sentía arrepentido, desasosegado. Mi sobrina y yo no hablábamos de eso. Pero desde que una noche volvimos a escuchar —allá arriba— el eco sordo de los pasos desiguales, pude comprobar, por la aplicación tenaz que ella volvía a poner en su trabajo, por algunas ligeras líneas que marcaban su rostro con una expresión a la vez obstinada y atenta, que ella no era ajena a pensamientos parecidos a los míos.

Un día yo debía ir a la Kommandantur, por una declaración acerca de neumáticos. Mientras llenaba el formulario que me habían extendido, Werner von Ebrennac

salió de su despacho. Él no me vio enseguida. Hablaba con el sargento, sentado delante de una pequeña mesa, frente a un alto espejo en la pared. Escuché su voz baja, de inflexiones cantarinas y permanecí allí, aunque no tenía nada más que hacer, sin saber por qué, curiosamente emocionado, esperando no sé qué desenlace. Podía ver su rostro en el espejo, me parecía pálido y tenso. Sus ojos se alzaron, se encontraron con los míos, durante dos segundos nos miramos, y bruscamente él giró sobre sus talones y quedó frente a mí. Sus labios se entreabrieron y elevó lentamente una mano, que casi enseguida dejó caer. Sacudió imperceptiblemente la cabeza con una indecisión patética, como si se hubiera dicho no, a sí mismo, sin dejar de mirarme. Después esbozó una pequeña inclinación de cabeza, dejando deslizar su mirada al suelo, regresó, cojeando, a su despacho, y se encerró en él.

No se lo conté a mi sobrina. Pero las mujeres poseen una intuición felina. Durante toda la noche ella no dejó de elevar los ojos de su labor, a cada minuto, para dirigirlos hacia mí; intentando leer algo en un rostro que yo me esforzaba por mantener impasible, atento sólo a mi pipa con aplicación. Al fin, ella dejó caer sus manos, como fatigada, y, doblando la tela, me pidió permiso para ir a acostarse temprano. Deslizó dos dedos lentamente sobre su frente, como para alejar una jaqueca. Me besó y creí leer en sus bellos ojos grises un reproche y una velada tristeza. Después de su partida, me sentí dominado por una absurda cólera: la cólera de ser absurdo y de tener una sobrina absurda. ¿Qué era toda esta tontería? Pero yo no podía encontrar una respuesta. Si era una tontería, estaba bien enraizada.

Fue tres días después cuando, apenas vaciadas nuestras tazas, escuchamos, y esta vez sin duda aproximarse, el sonido irregular de los pasos familiares. Me acordé, bruscamente, de la primera noche de invierno —seis meses

antes— en que esos pasos se hicieron oír. Pensé: «Hoy también llueve». Llovía intensamente desde la mañana. Una lluvia regular y obstinada, que inundaba todo el entorno y bañaba el interior de la casa de una atmósfera fría y húmeda. Mi sobrina había cubierto sus hombros con un pañuelo de seda estampado, donde diez manos inquietas, dibujadas por Jean Cocteau, se designaban mutuamente de manera algo displicente; yo calenté mis dedos en el hornillo de mi pipa; ¡y estábamos en julio!

Los pasos atravesaron la antecámara y comenzaron a hacer gemir los peldaños. El hombre bajaba lentamente, con una lentitud que aumentaba sin cesar, pero no como la de quien duda: como la de aquél cuya voluntad sufre una prueba extenuante. Mi sobrina había alzado la cabeza y me miraba; dirigió hacia mí, durante todo el tiempo, una mirada transparente e inhumana de gran duque. Y cuando el último peldaño hubo crujido y un largo silencio sobrevino, la mirada de mi sobrina huyó, vi sus párpados deslizarse hacia abajo, la cabeza se inclinó lentamente, y todo su cuerpo se confió con languidez al respaldo del sillón.

No creo que el silencio durara más de algunos segundos. Pero fueron unos segundos muy largos. Me parecía ver al hombre, detrás de la puerta, el índice levantado, dispuesto a golpear ligeramente la madera, y retardando el momento en el cual, por el sólo hecho de llamar a la puerta, iba a impulsar el futuro... Por fin, golpeó la puerta. Y no lo hizo ni con la levedad de la duda, ni con la brusquedad de la timidez vencida; fueron tres golpes plenos y netos, los golpes seguros y calmos de una decisión sin retorno. Me dispuse a esperar, como otras veces, que la puerta se abriera de inmediato. Pero permanecía cerrada, y entonces me sentí invadido por una indomitable agitación, en la que a la interrogación se mezclaba la incertidumbre de deseos opuestos. Y cada uno de los segundos que transcurrían, me

parecía, con la creciente precipitación propia de las aguas de las cataratas, volvían esos sentimientos más confusos e insolubles. ¿Era necesario responder? ¿Por qué ese cambio? ¿Por qué esperaba que nosotros rompiéramos esta noche un silencio que él había demostrado, con su actitud anterior, aprobar plenamente en su saludable tenacidad? ¿Cuáles eran esa noche —esa noche—, los mandamientos de la dignidad?

Miré a mi sobrina, intentando descubrir en sus ojos un estímulo o un signo. Pero sólo encontré su perfil. Ella miraba el picaporte. Lo miraba con esa fijeza inhumana de gran duque que ya me había impresionado; estaba muy pálida y pude ver, deslizándose sobre los dientes que parecían una fina línea blanca, el labio superior elevándose en una contracción dolorosa; delante de ese drama íntimo súbitamente revelado y que sobrepasaba tanto el bendito tormento de mis tergiversaciones, sentí que perdía mis últimas fuerzas. En ese instante, dos nuevos golpes sonaron; dos, solamente, dos golpes débiles y ligeros, y mi sobrina dijo: «Él se irá...» con una voz baja y tan abatida que yo no pude esperar más y dije, con voz clara: «Entre, señor».

¿Por qué dije señor? ¿Para subrayar que invitaba al hombre y no al oficial enemigo? ¿O, por el contrario, para demostrar que no ignoraba que él había llamado a la puerta y que era a él a quien yo me dirigía? No lo sé. Pero no importaba. Lo cierto era que yo había dicho: entre, señor; y entró.

Imaginaba verlo aparecer de civil, y en cambio, iba de uniforme. Sin temor a equivocarme diría que él iba más que nunca de uniforme, si por ello se comprende que me pareció claramente que, esta vez, él se lo había puesto con la firme intención de imponernos su visión. Había abierto la puerta y estaba de pie, erguido, junto al alféizar, tan erguido y tan

tieso que estuve a punto de dudar si tenía delante al mismo hombre; por primera vez, me di cuenta de su sorprendente parecido con el actor Louis Jouvet. Permaneció así unos segundos: erguido, tieso y silencioso, los pies ligeramente separados y los brazos colgando a lo largo del cuerpo, y el rostro tan frío, tan perfectamente impassible, que no parecía que pudiera albergar el menor sentimiento...

Pero yo que estaba sentado en mi profundo sillón y tenía el rostro a la altura de su mano izquierda, pude ver esa mano; mis ojos fueron atraídos por esa mano y quedaron como encadenados a causa del espectáculo patético que contemplaban y que desmentían patéticamente toda la restante actitud del hombre...

Supe, ese día, que una mano puede, para quien sabe observarla, reflejar las emociones tan bien como un rostro, mejor que un rostro, pues ella escapa a veces al control de la voluntad. Y los dedos de esa mano se extendían y se plegaban, se abrían y cerraban, librándose a la más intensa mímica, mientras el rostro y todo el cuerpo permanecían inmóviles y compuestos.

Después los ojos parecieron revivir, se dirigieron un instante hacia mí —me pareció ser acechado por un halcón—, dos ojos brillantes entre los párpados separados y tensos, los párpados a la vez arrugados y tensos de un ser dominado por el insomnio. Enseguida se posaron sobre mi sobrina, y ya no se apartaron de ella.

La mano se inmovilizó al fin, todos los dedos se replegaron y crisparon sobre la palma, la boca se abrió (los labios al separarse hicieron: «Pp...»), como el cuello destapado de una botella vacía) y el oficial dijo, con una voz más sorda que nunca:

—Debo dirigirles unas graves palabras.

Mi sobrina se volvió hacia él pero bajó la cabeza. Devanaba alrededor de sus dedos la lana de una madeja,

mientras la madeja se deshacía rodando sobre la alfombra; esta tarea absurda era la única, sin duda, a la que podía dedicar un poco de atención sin experimentar vergüenza.

El oficial, con un esfuerzo tan visible que parecía costarle la vida, agregó:

—Todo lo que he dicho en estos seis meses, todo lo que las paredes de esta habitación han escuchado... —y respiró, con un esfuerzo asmático; guardó un instante de silencio, con el pecho hinchado...— es necesario —dijo y respiró—: es necesario olvidarlo.

La joven dejó caer lentamente sus manos en el hueco de su falda, donde permanecieron inclinadas e inertes como barcas varadas en la arena, y lentamente elevó la cabeza, entonces —por primera vez— ofreció al oficial la mirada de sus ojos claros.

Él dijo (apenas pude escucharlo): «*Oh welch' ein Licht!* [2]», en un murmullo; y como si en efecto sus ojos no pudieran soportar esa luz, los ocultó detrás de su puño. Dos segundos; después, dejó caer su mano, pero había bajado los ojos y desde entonces dirigió sus miradas al suelo...

Sus labios hicieron: «Pp...», y dijo (la voz era sorda, sorda, sorda...)

—He visto a esos hombres victoriosos.

Y agregó, luego de algunos segundos, con una voz más baja todavía:

—He hablado con ellos. —Y al fin, en un murmullo, con una lentitud llena de amargura—: Se han reído de mí.

Me miró y movió tres veces la cabeza imperceptiblemente. Después sus ojos se cerraron:

—Me dijeron: «¿No has comprendido que nos hemos burlado de ellos?». Han dicho eso. Exactamente: «*Wir prellen sie*». Dijeron: «¿No imaginarás que vamos a permitir estúpidamente que Francia se levante en nuestra frontera, verdad?». Y se echaron a reír. Me golpearon alegremente la

espalda, mirándome de pies a cabeza: «¡No somos músicos!».

Su voz indicaba, al repetir estas palabras, un oscuro desprecio, que no sé si reflejaba sus propios sentimientos con relación a los otros, o el tono de las palabras dirigidas a él.

—Entonces hablé yo, largamente, con vehemencia. Ellos hacían: «¡Tst! ¡Tst!». Dijeron: «La política no es un sueño de poeta. ¿Por qué razón supones que hemos hecho la guerra? ¿Por el viejo Mariscal?». Volvieron a reír: «No somos locos ni tontos: tenemos la oportunidad de destruir a Francia, y lo haremos. No sólo destruiremos su poder: su espíritu también. Su alma, sobre todo. Su alma es el mayor peligro. Ésta es nuestra tarea, ahora: no te engañes, amigo. La pudriremos con nuestras sonrisas y nuestros halagos. La convertiremos en una perra faldera».

Se calló. Parecía cansado. Apretó las mandíbulas con tanta energía que vi cómo sobresalían los pómulos, y una vena, gruesa y tortuosa como una oruga, golpeaba su sien. De pronto, toda la piel de su rostro se estremeció, en una especie de temblor subterráneo, como un golpe de brisa sobre el lago, como las primeras burbujas de la película de crema endurecida que se hace hervir. Y sus ojos se aferraron a los ojos pálidos y dilatados de mi sobrina; dijo, con un tono bajo, uniforme, intenso y oprimido, con una abrumadora lentitud:

—No hay esperanzas. —Y con una voz más sorda y todavía más baja, más lenta, como para torturarse a sí mismo con esta intolerable comprobación—: No hay esperanza. No la hay.

Y súbitamente, con una voz inesperadamente alta y fuerte, y para mi sorpresa, clara y timbrada, como un toque de clarín, como un grito, añadió:

—¡No hay esperanza!

Acto seguido, se hizo el silencio.

Creí oírlo reír. Su frente, atormentada y llena de arrugas, parecía una cuerda de amarrar. Sus labios temblaron; eran labios de enfermo, pálidos y afiebrados.

—Me han reprendido, con un poco de cólera: «¡Fíjate! ¡Fíjate bien! ¡Fíjate cómo la amas! He ahí el gran peligro. ¡Pero nosotros curaremos a Europa de esta peste! ¡La purgaremos de este veneno!». Me lo han explicado todo, oh sí, no me han ocultado nada. Lisonjean a vuestros escritores, pero al mismo tiempo, en Bélgica, en Holanda, en todos los países que ocupan nuestras tropas, han levantado infranqueables fronteras. Ningún libro francés puede traspasarlas, salvo las publicaciones técnicas, manuales de óptica y fórmulas de cemento... Pero las obras de cultura general, ninguna. ¡Nada de eso!

Su mirada pasó sobre mi cabeza, volando y golpeando los rincones de la habitación como un pájaro extraviado en la noche. Por último, pareció hallar refugio en los estantes más oscuros, aquéllos donde se alineaban Racine, Ronsard, Rousseau. Su mirada se quedó allí clavada, y su voz repitió, con un gemido violento:

—¡Nadie, nadie, nadie! —Y como si no hubiéramos comprendido, todavía, el tamaño de la amenaza, agregó—: No sólo vuestros autores modernos. No sólo Péguy, Proust, Bergson... ¡Todos los demás, también! ¡Todos éstos! ¡Todos! ¡Todos!

Su mirada recorrió una vez más —dulcemente— los lomos de los libros que brillaban en la penumbra, como una caricia desesperada.

—¡Apagarán la llama por completo! —gritó—. ¡Europa nunca podrá ser más iluminada por esa luz!

Y su voz honda y grave hizo vibrar hasta el fondo de mi pecho un grito inesperado y conmovedor, cuya última sílaba producía una temblorosa queja:

—*Nevermore!*

El silencio se hizo una vez más. Pero ahora, era mucho más oscuro y tenso. En los silencios anteriores —como los animales del mar—, bajo la sosegada superficie de las aguas, yo escuchaba los murmullos de la vida submarina de los sentimientos ocultos, de los deseos y los pensamientos opuestos que luchan. Pero en éste, sólo había una dolorosa opresión...

La voz quebró por fin este silencio. Era dulce y estaba llena de dolor.

—Yo tenía un amigo. Era como un hermano para mí. Habíamos estudiado juntos. Vivíamos en la misma habitación, en Stuttgart. Pasamos tres meses juntos en Nuremberg. No hacíamos nada el uno sin el otro: yo tocaba mi música; él me leía sus poemas. Era sensible y romántico. Pero me abandonó. Fue a leer sus poemas a Munich, frente a nuevos compañeros. Él me escribía continuamente, pidiéndome que me reuniera con ellos. Fue a él a quien vi en París, con sus amigos. He podido ver lo que han hecho con él.

Movió lentamente la cabeza, como si tuviera que oponer un rechazo doloroso a una súplica.

—Era el más entusiasta. Mezclaba la cólera con la risa. Ora me miraba con ardor y gritaba: «¡Es un veneno! ¡Es necesario vaciar al animal de su veneno!», ora me daba pequeños golpes con su índice en el estómago: «¡Tienen un gran miedo, ahora, eh! ¡Ah, temen por la suerte de sus bolsillos y por sus panzas, por su industria y por su comercio! ¡Sólo piensan en eso! A los otros —a los pocos que no son así- los adulamos y los adormecemos. ¡Es muy fácil!». Él reía y su rostro se volvía completamente rojo: «¡Cambiaremos su alma por un plato de lentejas!».

Werner suspiró:

—Yo dije: «¿Habéis medido lo que estáis haciendo? ¿Lo habéis medido?». Él contestó: «¿Crees que eso nos intimida? ¡Nuestra inteligencia tiene otro temple!». Yo dije: «¿Entonces, sellaríais esta tumba para siempre?». Él contestó: «Es la vida o la muerte. Para conquistar, basta la fuerza; pero para dominar, no. Sabemos muy bien que un ejército no basta para dominar».

—«¡Pero al precio del Espíritu! —grité yo—. ¡No a ese precio!». «El Espíritu no muere nunca —dijo él—. Renace de sus cenizas. Nosotros tenemos que construir para los mil años por venir: antes, debemos destruir». Yo lo miraba. Miraba el fondo de sus ojos claros. Era sincero, sí. Esto era lo más terrible.

Sus ojos se abrieron mucho, como ante el espectáculo de un horrible y abominable homicidio:

—¡Harán lo que dicen! —gritó, como si nosotros no le hubiéramos creído—. Con método y perseverancia. Conozco bien a esos diablos encarnizados.

Sacudió la cabeza, como un perro que tiene una molestia en una oreja. Un murmullo atravesó sus dientes apretados, el «oh» estremecido y violento del amante traicionado.

No se había movido. Permanecía inmóvil, tieso, erguido, los brazos colgando a lo largo del cuerpo, como si sostuvieran manos de plomo. Estaba pálido, no como la cera, sino como el yeso de algunas paredes deterioradas: gris, con manchas blancas de salitre.

Lo vi inclinar lentamente el pecho. Levantó una mano. La dirigió —la palma hacia abajo, los dedos un poco replegados — hacia mi sobrina, hacia mí. La contrajo, la agitó suavemente mientras la expresión de su rostro adquiría una especie de energía feroz. Sus labios se entreabrieron, y yo pensé que iba a pronunciar una exhortación; pensé, creí que iba a alentarnos a la sublevación. Pero ni una sola palabra salió de sus labios. Su boca se cerró, y también sus ojos. Se

enderezó. Sus manos se alzaron hasta el rostro en un gesto incomprensible, semejante al de algunas figuras de las danzas religiosas de Java. Después, se llevó las manos a la frente y a las sienes, apretando sus pupilas con los dedos extendidos.

—Me dijeron: «¡Es nuestro derecho y nuestro deber!». ¡Nuestro deber! ¡Felices de aquellos que encuentran con tan simple sencillez el camino de su deber!

Sus manos descendieron.

—En la carretera, nos dicen: «Siga esa dirección». —Sacudió la cabeza—. Y ese camino no se eleva hacia las alturas luminosas de las cimas; desciende hacia un valle siniestro, se hunde en las tinieblas fétidas de una selva lúgubre... ¡Oh, Dios! ¡Enséñame cuál es mi deber!

Y, casi gritando, dijo:

—Es el Combate, ¡la Gran Batalla de lo Temporal contra lo Espiritual!

Miraba, con una insistencia penosa, el ángel de madera esculpido bajo la ventana, el ángel estático y sonriente, luminoso, lleno de tranquilidad casi celeste.

Súbitamente, su expresión pareció aflojarse. El cuerpo perdió su tensión. Su rostro se inclinó hacia el suelo. Lo irguió enseguida:

—Hice valer mis derechos —dijo, con naturalidad—. He solicitado incorporarme a una división en campaña. Me han concedido este favor, tengo autorización para ponerme en camino, mañana.

Creí ver flotar en sus labios el fantasma de una sonrisa, cuando precisó:

—Tengo autorización para ponerme en camino hacia el infierno.

Levantó el brazo en dirección al oriente, hacia esas llanuras inmensas donde el trigo futuro se habrá nutrido de cadáveres.

Yo pensé: «De modo que se somete. Esto es lo único que saben hacer. Hasta un hombre así, como éste».

El rostro de mi sobrina me dio pena. Tenía una palidez lunar. Los labios, parecidos a los bordes de un vaso de opalina, aparecían separados, ensayando la mueca trágica de las máscaras griegas. Y vi, en el límite de la frente con la cabellera, no nacer, sino brotar —sí, brotar— unas perlas de sudor.

No sé si Werner von Ebrennac lo vio. Al igual que, en mitad de la corriente, la barca permanece amarrada al eslabón de la orilla, las pupilas de la joven parecían estarlo por un hilo tan tenso, tan tieso, que no se hubiera podido pasar un dedo entre sus ojos. Ebrennac había asido el picaporte con una mano. La otra, se apoyaba en el vano. Sin volver una sola vez la mirada, abrió lentamente la puerta. Y, con una voz extrañamente desprovista de expresión, dijo:

—Les deseo buenas noches.

Creí que iba a cerrar la puerta y partir. Pero no. Miró a mi sobrina. La miraba. La miraba. Y dijo, murmuró:

—Adiós.

No se movió. Permanecía inmóvil, y en su rostro rígido y tenso, los ojos todavía más inmóviles y rígidos se aferraban a los ojos —demasiado abiertos, demasiado pálidos— de mi sobrina. Esto duró —¿qué cantidad de tiempo?—, duró hasta que, al fin, la joven movió los labios. Los ojos de Werner brillaron.

Oí:

—Adiós.

Era preciso haber esperado esta palabra para oírla; pero al fin, la oí. Von Ebrennac también la oyó, y se irguió; su rostro y todo su cuerpo parecían distendidos, como después de un baño reparador.

Y sonrió, de modo que la última imagen que conservo de él es una imagen sonriente. Y la puerta se cerró y sus pasos

se perdieron hacia el fondo de la casa.

Él ya había partido cuando, a la mañana siguiente, bajé a beber mi taza de leche. Mi sobrina había preparado el desayuno, como cada día. Me sirvió en silencio. Bebimos en silencio. Fuera, a través de la bruma, brillaba un pálido sol. Me pareció que hacía mucho frío.

Octubre 1941



VERCORS (París, 1902-1991), seudónimo de Jean Bruller, se dio a conocer como dibujante y pintor, y como autor de ensayos como *Veinte recetas prácticas de muerte violenta* (1929) y *Un hombre cortado en rodajas* (1929). Su seudónimo se hizo legendario cuando publicó clandestinamente, en 1942, el relato *El silencio del mar*, al que siguieron *Aquel día* (1943), *La marcha hacia la estrella* (1943) y *La imprenta de Verdun* (1945) . En todos ellos relata episodios vividos durante la ocupación alemana. Fue miembro del Partido Comunista Francés, con el que rompió después de los sucesos de Budapest (1956). Su visión humanista se trasluce asimismo en *Las armas de la noche* (1946), *La batalla del silencio* (memorias, 1967), y *Yo, Aristide Briand* (1981), «ensayo de autorretrato» en primera persona.

Notas

[1] *cariátide*: figura femenina esculpida, con función de columna o pilastra, con un entablamento que descansa sobre su cabeza. El más típico de los ejemplos es la Tribuna de las Cariátides en el Erecteion, uno de los templos de la Acrópolis ateniense en Atenas. (*N. del Ed.*) <<

[2] ¡Oh que luz! (*N. del Ed.*) <<